

HOMILÉTICA

CICLO C

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

Señor ¿serán pocos los que se salven?, preguntan a Jesús en el Evangelio de hoy. Una pregunta que también debemos hacernos personalmente: Señor, ¿me salvaré yo?

Para salvarse hay que *entrar por la puerta estrecha*, responde Jesús. Y es que la vida cristiana requiere esfuerzo constante. *Una vida honrada y en paz* (segunda lectura). Es mucho más que lo material y sensible (*hemos comido y bebido contigo*). El Señor no nos reconocerá ni nos *sentará a la mesa en el Reino de Dios* por haber rezado mucho ("no todo el que me dice Señor, Señor entrará en el Reino de los cielos") o por haber profetizado, echado demonios o haber hecho milagros en su nombre, sino por "cumplir la voluntad de mi Padre" (Mt 7, 21). Termina el Evangelio con estas palabras: "*Hay últimos que serán primeros y primeros que serán últimos*".

A la eterna comunión del banquete en el Reino Dios están llamados hombres y mujeres de los cuatro puntos cardinales (Evangelio), del *mundo entero* (salmo responsorial), *de todas las naciones, de toda lengua* (primera lectura). "Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1 Tim 2, 4).

¿Qué es la salvación? El Papa Benedicto XVI, en el Encuentro Ecuménico, celebrado en Praga el día 27 de septiembre de 2009, decía que "el término "salvación" encierra muchos significados, pero expresa algo fundamental y universal del anhelo humano de felicidad y plenitud. Alude al deseo ardiente de reconciliación y comunión que brota espontáneamente en lo más profundo del espíritu humano. Es -añadía- la verdad central del Evangelio y el objetivo hacia el que se dirige todo esfuerzo de evangelización y de solicitud pastoral". El ser humano encuentra sólo en Dios su plenitud y su realización. Lo reconoce el mismo San Agustín en sus Confesiones: "Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descansa en ti" (I, 1, 1).

Dios verdadero, se hace hombre verdadero para que el hombre pueda "compartir la vida divina de aquel que se ha dignado compartir con el hombre la condición humana" (Colecta de la Natividad del Señor). Para que superemos todas las limitaciones del ser humano, hecho de barro, y participemos de la bondad, la felicidad, la gloria, la vida de Dios, que son eternas, infinitas en su duración y en su intensidad.

Esta salvación no es cosa del último momento. En esperanza estamos salvados (Rom 8, 24). Unidos a Cristo por el bautismo y la fe, que obra por el amor, de Él recibimos ya ahora la savia, la gracia, la vida de Dios; se nos transfunde el ser filial de Cristo. Somos ya hijos de Dios en el Hijo único de Dios. De "un pueblo de hijos" reza la Colecta de hoy. Y la segunda lectura proclama que el Señor nos trata como a sus hijos preferidos.

Hemos de esforzarnos constantemente por vivir en comunión existencial con Cristo, autor y guía de nuestra salvación. Él es la Puerta. "Yo soy el camino, la verdad y la vida: nadie va al Padre sino por mí" (Aleluya). Tenemos que asemejarnos a Jesús en su ser y en su obrar. Esta comunión con Jesús se manifiesta en la vida: Al final seremos juzgados por el amor.

Esta comunión será eterna, si en el último momento estamos en comunión de fe y de amor con Cristo. Pero si libremente rechazamos esta comunión, es el infierno (*el llanto y el rechinar de dientes*). A ningún hombre, a ninguna mujer, le echan fuera del banquete de eterna comunión en el Reino de los cielos. Se autoexcluye voluntariamente del amor de Dios.

MARIANO ESTEBAN CARO